

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.ª izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
6 de Abril de 1889
NÚMERO 27.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

AGUSTÍN QUEROL

Es uno de los que figuran en la vanguardia del arte.

Su grupo de *La Tradición* fue premiado en la última Exposición Nacional de Bellas Artes, y marcó en la carrera de Querol una brillante etapa.

Su reciente grupo *Sagrado* ha confirmado las esperanzas que hizo concebir Querol, y mostrará en el certamen de París, al que va a ser enviado, lo que vale a nuestros escultores.

En algo se nos ha de hacer justicia fuera de casa.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

ATRASADO, 25

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO CÓMICO

El crimen de la calle de Fuencarral...
Sin querer, sin apercibirme de ello, se han deslizado las palabras anteriores de los puntos de la pluma.

Esto es una pesadilla, una obsesión; nadie habla en Madrid de otra cosa.

Y como yo no sé sustraerme á la influencia general, y como á pesar mío, tendría que darles á ustedes una Croniquita, sazónada con las declaraciones de Ramos Querencia, y las interrupciones de Higinia Balaguer, he ideado un medio para cumplir mi compromiso, y no repetir á ustedes lo que de seguro saben de memoria.

Contarles un cuento.
Es decir, un sucedido.
Que es éste.

¿Conocen ustedes á la señora de Calabazote?

¡Qué fina, qué elegante y qué simpática!

No es precisamente lo que se llama una mujer hermosa, pero es bastante bonita, tiene un timbre de voz muy agradable, y unos ojos grandes, oscuros, expresivos, y que *juega*, permitámosenos la frase, de un modo magistral.

¡Hay en su mirada promesas, recuerdos, intimaciones..., esperanzas... todo!

Aquellos ojos son el mejor, casi el único atractivo de su cara.

Pero es un atractivo de primer orden.

Morosa, pelinegra, de boca un poco grande, pero con dientes blancos, menuditos, igualitos, rojos y algo gruesos los labios, rojo nido de apasionados besos; con la naricita un sí es no es remangadilla, con ventanillas movibles, sensuales; pequeña la oreja..., muchos y abundosos rizos en la morena naca... y un dejillo andaluz,

especie de exceso dulce y cariñoso, que seduce, que encanta, que fascina...; alto el seno, la cintura esbelta, las manos primorosas y los pies chiquirritines, arqueados... pies de andaluza, en fin, calzados siempre de un modo maravilloso... tal es la señora doña Pepita de los Arcos, esposa del probo é inteligente empleado en Correos, Onésimo Calabazote y Lenzarómá.

Y tal cual es, tenemos el gusto de presentarla á ustedes antes de referirles uno de los episodios más dramáticos de su vida, ocurrido á Pepita el verano pasado, el cual hemos oído de los mismísimos labios de la interesada... aquellos labios gruesacillos y colorados, de que hablamos hace poco.

Por supuesto, que la de Calabazote nos refirió la cosa en secreto, y suplicamos á nuestras lectoras que nos guarden la más profunda reserva sobre el particular; y si algún día, por casualidad, se encuentran á la susodicha señora en alguna oficina pública, ó privada, que sería muy fácil, no se den ustedes por entendidas.

Hechas estas salvedades, entremos en materia.

Acababa de ocurrir uno de esos cambios políticos tan frecuentes en este país del pan caro, los oradores distinguidos y los brigadieres de cuartel, y un elocuente diputado se había encargado de la Dirección general de Correos y Telégrafos.

Y allí fueron credenciales y cesantías, donde el nuevo director tenía compromisos ó afecciones; y allí fué el alegrarse de unos y el mesarse los cabellos en medio de mayor la desesperación los otros.

Uno de los que se mesaban los cabellos por aquel entonces era el bueno de D. Onésimo.

El nuevo director le había dejado cesante de una sola plumada.

Cuando el oficio fatal cayó como una bomba sobre la mesa del comedor, los esposos Calabazote estaban almorzando en aquel momento histórico. Onésimo lanzó una exclamación de dolor y de rabia: una espina de besugo se le había clavado en el paladar, al mismo tiempo que sus ojos azorados recorrían el fatídico documento.



—¡Estamos perdidos! ¡Me ahogo! ¡Me han dejado cesante! A ver si puedes sacar...

—¿Otro destino?

—Esta maldita espina, mujer.

—Procuraré sacarte las dos cosas.

—¡Oh! Ya conozco lo mucho que vales... ¡Si no fuera por tí!... Pero, no aprietes tanto, que me haces daño.

—Las espinas y los nombramientos no son fáciles de sacar, querido Onésimo. En fin, probaré. Abre bien la boca. ¿Cómo se llama al nuevo director?

—¡Ay! D. Restituto.

—¿D. Restituto? No hagas nada, y cierra los ojos.

—¿Cómo que cierre los ojos?

—Es que voy á meterte las pinzas para sacarte la espina. ¿Don Restituto, qué?...

—Melastimas.

—¡Vaya un apellido raro!

—No es eso; digo que me haces daño. El Director se llama Castellanos.

—No le conozco; pero buscaré una recomendación para él, y en cuanto la encuentre... ya tienes la espina fuera.

—¡Dios te lo pague!

—Voy á vestirme y á ponerme en campaña. Estas cosas, en caliente.

—Sí, hija mía, si; antes que se aprovechen otros.

Y D. Restituto se quedó en casa ocupado con la máquina de calar, haciendo una primorosa rinconera,

mientras Pepita, vistiendo su más elegante traje, con el sombrero de las grandes ocasiones y el *en-tout-cas* de las grandes ceremonias,

se lanzó á la calle con el propósito de colocar de nuevo al bueno de D. Onésimo.

Lo que ella se movió aquel día!

Diputados, senadores, secretarios particulares, directores generales... periodistas... todos fueron puestos á contribución por la infatigable Pepita, y al fin,

á las once de la noche, cansada, mas no harta, de

aquel tráfico insoportable, entraba en el despacho del nuevo director, provista de catorce tarjetas respaldadas, y cinco ó seis cartas de recomendación.

Recibida inmediatamente por el galante funcionario, no hizo más que aparecer y le miró, le miró con aquellos ojos incomparables, subió la oscura pupila entornando los párpados, sonrió, y tomó asiento.

El director tomó la actitud más galante que le fué posible, y sin apartar sus ojos de la de Calabazote, se informó de su pretensión.

—¿Con qué arte, con cuánta maestría mostró los méritos de su esposa, y aun los suyos propios, ante el fascinado funcionario!

—¿Qué acento tan dulce, tan persuasivo, tan insinuante el suyo!

Y sobre todo, ¡qué miradas!

Con la elocuencia propia de las circunstancias, habló al señor de Castellanos de su hogar, de su familia, de las interioridades todas de su dichoso matrimonio.

Aquel interior, descrito por Pepita, era un verdadero paraíso.

La calma, la paz inalterable, el cariño mutuo, el afecto correspondido, todas las delicias de aquel dichoso interior fueron pintadas, expuestas, mejor dicho, á la consideración del director general con un encanto y una propiedad irresistible.

Con la elocuencia propia de las circunstancias, habló al señor de Castellanos de su hogar, de su familia, de las interioridades todas de su dichoso matrimonio.

Aquel interior, descrito por Pepita, era un verdadero paraíso.

La calma, la paz inalterable, el cariño mutuo, el afecto correspondido, todas las delicias de aquel dichoso interior fueron pintadas, expuestas, mejor dicho, á la consideración del director general con un encanto y una propiedad irresistible.

La calma, la paz inalterable, el cariño mutuo, el afecto correspondido, todas las delicias de aquel dichoso interior fueron pintadas, expuestas, mejor dicho, á la consideración del director general con un encanto y una propiedad irresistible.

La calma, la paz inalterable, el cariño mutuo, el afecto correspondido, todas las delicias de aquel dichoso interior fueron pintadas, expuestas, mejor dicho, á la consideración del director general con un encanto y una propiedad irresistible.

La calma, la paz inalterable, el cariño mutuo, el afecto correspondido, todas las delicias de aquel dichoso interior fueron pintadas, expuestas, mejor dicho, á la consideración del director general con un encanto y una propiedad irresistible.

La calma, la paz inalterable, el cariño mutuo, el afecto correspondido, todas las delicias de aquel dichoso interior fueron pintadas, expuestas, mejor dicho, á la consideración del director general con un encanto y una propiedad irresistible.

La calma, la paz inalterable, el cariño mutuo, el afecto correspondido, todas las delicias de aquel dichoso interior fueron pintadas, expuestas, mejor dicho, á la consideración del director general con un encanto y una propiedad irresistible.

La calma, la paz inalterable, el cariño mutuo, el afecto correspondido, todas las delicias de aquel dichoso interior fueron pintadas, expuestas, mejor dicho, á la consideración del director general con un encanto y una propiedad irresistible.

La calma, la paz inalterable, el cariño mutuo, el afecto correspondido, todas las delicias de aquel dichoso interior fueron pintadas, expuestas, mejor dicho, á la consideración del director general con un encanto y una propiedad irresistible.



El buen hombre estaba ya mareado con tanto interior. Aquellas interioridades surtieron, sin embargo, su efecto. Sintióse incapaz de desairar á la hermosa solicitante. Oprimió el botón del timbre y llamó al jefe del personal. Conferenció breves instantes con aquel subalterno, y pocos minutos después la cosa estaba terminada.

—¡Oh! ¡Qué hermoso y qué pacífico interior el de su hogar de usted, señora! murmuraba poco después, embelesado aún con el relato, el nuevo director.



Presentóse al poco rato el jefe del personal otra vez, y puso en manos de su jefe la credencial solicitada.

Este la encerró en un elegante sobre con el membrete de la Dirección, y á su vez la puso en manos de la señora.

Pepita estaba radiante. Sus hermosos ojos demostraron todo lo profundo de su agradecimiento.

Abandonó rápidamente el Ministerio y dirigióse á su casa, donde Onésimo la esperaba trabajando concienzudamente en su máquina de calar.

Pepita arrojó triunfalmente la credencial sobre la mesa, y exclamó con aire victorioso:

—¡Cómo se pedía!

El esposo abrió temblando el

papel, lo recorrió ávidamente con espantados ojos, y lanzó un grito desgarrador.

—¿Qué es eso? interrumpió Pepita asustada.

—¡Mira, una credencial de cartero del interior!

La de Calabazote quedó como quien ve visiones.

—¡No es posible! exclamó.

Pero tuvo que rendirse á la realidad. El nombramiento era, efectivamente, de cartero del interior.

La equivocación era casi natural.

Tanto había hablado Pepa de su interior, que el bueno de Restituto, preocupado con la idea y los detalles del mismo, había pedido una plaza cualquiera al jefe del personal.

—No hay vacantes más que del interior, había contestado éste.

—¿Del interior? ¡Oh, magnífico, magnífico interior! ¡Muy bueno!

Y sin esperar más, el jefe había extendido la credencial.



Excusamos añadir que la de Calabazote no se conformó. El error se deshizo, y consiguió para Onésimo una ambulancia, que es lo que solicitaba.

Y se la dieron, como era natural.

Y el hombre sigue tan perfectamente.

¡Siempre ambulante!

E. NAVARRO GONZALVO.

AVENTURAS DE UN VIAJE

CAPÍTULO ÚNICO

DE CÓMO SE PUEDE HACER EL BUEY EN FERROCARRIL



Va á partir el tren, y una mujer encantadora y elegantemente vestida penetra en el coche.

—Dispense usted, caballero, ma dice con voz dulcísima.

Yo la miro con ojos de enamorado futuro, y contesto galantemente:

—Dispensar... ¿por qué? Todo lo contrario. La soledad me aburre.

Después comienzo á ayudarla en la difícil operación de colocar en la rejilla un lío conteniendo mantas y paraguas, un saco de noche, una cesta y otros bultos no menos distinguidos.

Suena el pito del jefe de estación, la máquina lanza un resoplido, y el convoy se pone en movimiento.

—¿Va usted muy lejos? pregunto á mi hermosa compañera de viaje.

—A Valladolid, me contesta.

—Voy á tener el gusto de viajar en su compañía durante unas cuantas horas, replico.

Y desde aquel instante me considero el hombre más feliz del mundo.

Ella habla poco, y procura rehuir mis miradas ardientes; yo me agito sobre el asiento, como si estuvieran frotándose la piel con pelos del bigote de Boflil.

¡Qué bellísima criatura! ¡Qué aire de distinción! ¡Qué majestad en los movimientos! ¡Qué fisonomía tan severamente bella!

Es una señora principal. Tal vez una dama ilustre, que viaja sola por capricho, ó quizás una casada, que va á reunirse con su esposo.

¿Quién será el mortal afortunado? Algún regente de una Audiencia territorial, ó algún título del reino, ó algún ex ministro de la corona. ¡Oh feliz marido!

En las Navas ofrezco á mi hermosísima compañera un botijo de leche. Ella rechaza el agasajo con delicadeza.

—No cabe duda, digo hablado hacia adentro; es una aristócrata.

Mi ingrata desconocida abre la cesta de los comestibles y extrae un salchichón que parece una escopeta de dos cañones.

—¿Gusta usted? me dice.

Yo como una raja en silencio; después entablamos el siguiente diálogo:

—¿Es usted aficionada á los viajes?

—No, señor. Viajo por necesidad. Voy á reunirme.

—¿Con su esposo?

—No, señor; con una tía.

—¡Oh tía feliz!

—¿Por qué?

—Porque puede verla á usted todos los días.

Ella sonríe, coge un frasco del fondo de la cestita y lo acerca á los labios. ¿Qué beberá? Algún licor delicioso.

No; es vino, vino común.

También los ángeles beben vino.

Después se limpia con el dorso de la mano derecha los finísimos labios.

¡Qué genialidades las de estas señoras aristocráticas! ¿No tiene una servilleta al alcance de la mano? ¿Por qué no la usa?

No sé cómo reanudar la interrumpida conversación, y me propongo hacer nuevas preguntas. ¿Qué la preguntaré? ¡Ah, sí!

—¿Le gusta á usted el cabrito asado?

Ella se echa á reír como burlándose de mi simpleza. Tiene razón; no sé lo que me digo.

A medida que nos acercamos al término de su viaje, noto que mi razón se turba, y me siento más conmovido, más respetuoso con mi hermosa compañera.

Estoy resuelto á quedarme en Valladolid. No podré acostumbrarme á una separación violenta y terrible...

Porque yo amo á aquella mujer.

Sí, la amo...

—Mi pie ha tropezado con el suyo, y ella no lo retira.

¡Dios mío! ¿Llegaré á ser amado por ella?

Después de algunos minutos de silencio, mi compañera suspira.

Aquel suspiro enciende en mi pecho una llama inextinguible; quiero levantarme é imprimir un beso apasionado en sus labios; pero tropiezo con mi maleta y voy á dar de bruces contra la ventanilla.

—¿Se ha hecho usted daño? me pregunta ella.

—No, no ha sido nada, digo yo limpiándome las narices con la mayor finura posible.

El tren marcha lentamente; nos acercamos á la estación de Valladolid. Es preciso separarnos... No; yo no quiero renunciar al amor de aquella mujer.

—Pues bien, la digo. Yo me quedo aquí.

—¿Cómo?

—Yo estoy loco de amor.

Y me arrojé á sus pies, desatándome en sonora lluvia de besos ardientes que imprimo en su mano.

—¿Qué hace usted? dice ella, tratando de incorporarse.

Todo es inútil. Yo estoy loco.



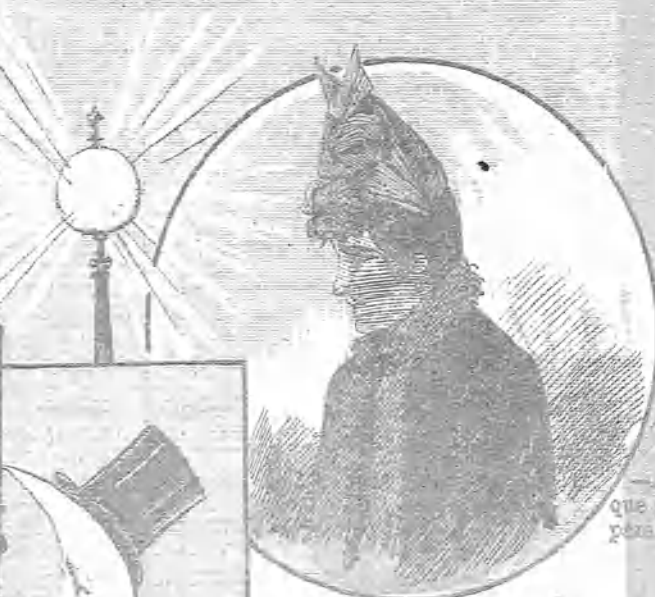
LA ELECTRICIDAD EN SALAMANCA



— Por ver la luz vinieron, anda que anda, estos cinco elegantes de Peñaranda.



— En su día oscuredo, con un predecesor andan por las calles, hembras y varones.



— Alumbrado extraordinario que pone el Ayuntamiento para toda el recadero.

— ¿De qué sirve la hermosura si no la ven en la calle, porque está la calle oscura?



— Hombre, qué barbaridad! ¿Cómo va usted tan vendado?
— Es que me he descalabrado por mor de la oscuridad!

EL CONTRATISTA

— Si llamándose Luna puse esto, si se llama Sol, ¿qué hubiera pasado?

CANTARES DE CAMPOAMOR



Mal hizo el que hizo el encargo
de hacer las cosas al gusto;
todo es corto ó todo es largo,
y nada nos viene justo.



Quando pasas por mi lado
sin tenderme una mirada,
¿no te acuerdas de mi nada,
ó te acuerdas demasiado?



Yo no siento que la siesta
me soruma cada vez más;
lo que siento es que la muerte
no llega a tiempo jamás.



Entonces con el deseo
de mirarte, te veía;
pasó algún tiempo, y hoy día,
si te miro, no te veo.



¡Cómo cansan, cómo cansan
las horas que van pasando,
y el no descansar, pensando
cómo los demás descansan!

Pero en aquel momento aparece en la portezuela el revisor de los billetes, y tengo que suspender mi tarea amorosa.
 Hecha la revisión, ella y yo bajamos al andén.
 —Nos volveremos á ver, ¿no es cierto? la pregunté.
 —Sí, dice ella.
 —¿Cuándo?
 No pudo contestarme, porque en aquel momento un hombre de chaqueta corta y gorrilla de seda se acercó á mi hermosa

desconocida, y soltándola un par de lapsos sonoros, la habló así:
 —Sabía que llegabas y he venido á esperarte, ¡so pendón! y te voy á señalar la cara pa que otra vez, cuando te marches, no me dejes sin recursos.
 Yo tuve que apoyarme en un guardia civil para no caer desmayado, y entonces oí decir á un empleado de la línea:
 —Es la *Moña torcida*, que se escapó á Madrid con un comisionista y la estaba esperando su *yaché* para encenderle el pelo.

LUIS TABOADA.

Tribunales extranjeros.

(Continúa serie).

Se abre (ella sola) á las dos, entran los procesados, se sientan y tosen los abogados, y en seguida abren los ujieres las puertas.

En las primeras filas de bancos está lo mejorcito de la alta sociedad de Cursipolis; la marquesa de Tal, de faya color académico y tableado de *surah* blanco; la *espiritual* condesa de Cual, cuyo hermoso busto se destaca entre los vueltillos de encaje de Inglaterra; la delicísima baronesa de Menganez, vaporosamente vestida con un elegantísimo traje estilo Directorio; el interesante vizconde de Besaguez, que no cesa de mirar á todas partes con el monóculo, etc., etc.

La sesión está, pues, *au grand complet*, y el cogollo de la *high life*, la *crème* del *copurahic* y el *superchie* se destaca *épatante* y *ravissant* en la sala.

Acomodado todo el mundo, se deja entrar á cuatro peñoles, que los ujieres colocan en el último banco á mojiéon limpio.

Como el lector no tendrá tiempo para leer la prensa extranjera, creará, al leer los nombres de los asistentes y de las asistentas, que el crimen de la plaza de Chambéry (Saboya) obedeció á la pasión de los celos, ó del amor contrariado, ó de la venganza. No; el crimen es de lo más vulgar y ordinario de que tienen ustedes idea.

A las doce en punto de la noche del 36 de Enero de 1898, los agentes de la autoridad vieron en la plaza supradicha al acusado, con una canasta en la cabeza. Interrogado para saber qué llevaba en ella, y de averiguación en averiguación, se supo que el perillán había matado á su amo, primero, y que luego lo había descuartizado, y que en seguida había convertido la primera materia en embutidos que llevaba á la salchichería de un amigo para su venta cuando fué cogido.

La causa formada hizo más ruido que dió Barceló por la mar; unos cuantos ciudadanos de Chambéry, salchicheros ellos, se indignaron por la concurrencia que estuvo á punto de hacerles el mojiéon encasado; tomaron el caso con gran calor, y se mostraron parte. El acusado empezó por decir que él y otro habían hecho aquel ensayo de *characterie*; luego dijo que fué el otro, y más tarde que él solo, pero por puro amor al arte de la salchichería nacional, sin miras interesadas, vamos.

Resultado: que todo Chambéry se volvió loco durante unos meses con aquello, y que ante el Jurado compareció el acusado, más otros cinco ó seis que no se sabe cómo también se enredaron en la causa.

Y como mi objeto al traducir algo de esto no es más que el de que vean los lectores lo bien que se las componen en Chambéry para sacarle la verdad del cuerpo al más listo, allá va una sesión:

El presidente, al acusado:

—¿Usted estuvo el 36 de Enero, á las seis y diez minutos, en tal parte?

—No, señor; fué á las seis y nueve minutos.

—Y diez minutos.

—No, señor; nueve minutos.

Un abogado:

—Consta que el acusado no estuvo á las seis y diez minutos ni á las seis y nueve minutos en ese sitio; fué á las seis, nueve minutos, treinta segundos, ni uno menos.

Otro abogado:

—¿Qué reloj usa el acusado?

—Uno muy viejo que me dió una tía mía cuando salí del sarampión.

—¿Cronómetro?

—No, señor; barómetro... vamos; que se le da cuerda por detrás.

Un abogado muy enredador:

—Considero indispensable para el descubrimien-



El crimen de la Plaza

DE CHAMBERY

to de la verdad preguntar al acusado qué fué lo que hizo inmediatamente después del asesinato.

—El embutido.

—Ya consta en autos. Lo que quiero saber es qué clase de em-

butido confeccionó el acusado.

Otro abogado, con mucho fuego:

—¡Esa pregunta es impertinente!

—¡Sí!

—¡No!

—¿Qué sé yo!

(Bronca entre la distinguida concurrencia. El presidente manda desalojar).

—Señor presidente, dice un abogado: yo ruego á su señoría que para lo que les falta por oír á esas señoras, revoque su orden, ya que las pobrecillas no han venido á otra cosa.

—Si el público me da palabra de ser juicioso...

(El público accede, los caballeros jurando por el puño de su espada y las señoras levantando el dedo. Se restablece el orden.)

—Conteste el acusado. ¿Qué clase de embutido fué?

—La verdad, yo no estaba entonces para pensar en esas cosas; pero creo que me salieron longanizas.

—Que entren los peritos.

(Entran los acreditados salchicheros A. B. y C.)

—Digan los peritos qué opinan del contenido de la canasta encontrada con el acusado.

—Que es muy difícil determinar á qué género de nuestro ramo pertenecía lo que se nos enseñó; pero que, según nuestro modo de ver aquello más parecían chorizos que otra cosa.

Los llamados se retiran, y empieza el examen de los 2.960 testigos llamados á declarar.

—Y usted, ¿qué es?

—Yo era el zapatero de la víctima.

(Expectación).

—¿Sabrá usted de qué pie cojeaba?

—Del izquierdo.

Un abogado:

—¿Pues cómo declaró usted antes que del derecho?

—No vale; digo que del izquierdo, conforme se entra á mano izquierda, vaya.

Otro abogado:

—Antes de irse el testigo conteste á una pregunta importantísima. ¿De qué sistema eran las zapatillas que gastaba la víctima?

—De doble sistema, vamos, de orillo, cruzadas de babucha moruna.

El abogado interrogante se atusa las patillas como diciendo: «¿Qué preguntita, eh?»

Otro testigo:

—¿Qué es usted en el mundo?

—Nada, aunque me esté mal decirlo.

—¿Ha sido usted procesado?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Por haber hecho á un amigo el favor de dejarle vivo.

—Bueno; ¿usted vió al acusado tomando chocolate con mojiéon en su celda la noche del crimen?...

—Sí, señor; pero el mojiéon era ensaimada.

Un abogado:

—Hay cincuenta y dos testigos que vieron el mojiéon.

El testigo, con dignidad:

—Señor presidente, yo soy incapaz de mentir; mi conciencia...

(Recuérdese que el testigo está procesado por hacer *aquél* favor á un amigo.)

—Bien, en qué quedamos: ¿fué mojiéon ó qué?

—Le diré á V. S. El comió ensaimada, pero el mojiéon se lo dió el vigilante.

—¡Otro testigo!



(Este testigo es uno de los que más interés inspiran. Los salchicheros asociados esperan con gran interés su deposición, y el público todo tiose por anticipado, para no perder ripio.)

—Vamos á ver: ¿usted qué sabe?

—¿Yo? Todo.

¡Hola! Diga el testigo.

—Pues verá V. S. y la serenísima Sala:

El día del crimen vino el acusado á vernos á mí y á otros concurdaneos, y nos dijo: Acabo de mechar al señorito.—¿Cómo dijimos todos.—Dándole un volapié en los mismos rubios.—¿Cuidado con el hombre! dije yo; ¿y cómo ha sido eso?—Pues como lo digo, contestó.—Después se fué á otro grupo y empezó á sacar billetes del Banco.

—¿Y qué más?

—Pues verá V. S. y la serenísima Sala:—Yo lo víde todo; el acusado empezó á hacer particiones; cien mil francos para el señor Obispo...

—Repórtese el acusado y mida la gravedad de sus palabras.
—Yo soy un hombre *duo* y no miento. El señor Obispo tomó por el negocio cien mil francos; el Gobernador otro tanto, vuestra señoría (dirigiéndose al presidente), cincuenta mil, y el resto el Verbe divino.

El Presidente, poniéndose serio:

—Y usted, ¿no ha tomado nada?

—¿Yo? Yo sólo he tomado unas tintas antes de venir, porque tengo el estómago delicado.

De buena gana seguiría traduciendo, pero el sitio es menos grande que el espacio de que dispongo.

Pero sepa el lector que al final de los debates no se sacó nada en limpio.

Y ahora ¡digan ustedes si hay en el mundo gente que sepa sacar mejor la verdad del cuerpo!

Me parece.

CALIBÁN.

COSAS DE AYER

FRAGMENTOS DE UN POEMA INÉDITO

¿Sabes que hace ya tiempo, muchos años, ya la entrada del túnel negro y frío sintiendo en lo más hondo de mi alma, esclava de tu amor, los acres dejos de horribles desengaños, y ansioso, en fin, de conseguir la calma, marché lejos, muy lejos...
Recorrí medio mundo, de manera que, al recordar ahora lo que vi en mi carrera pasar con rapidez deslumbradora, no acierto bien á definir si aún vivo en aquel *mare magnum*; pero siento un cansancio, al presente sin motivo, que me enerva y confunde el pensamiento; y es sin duda que, á fuerza de violento, llega el cansancio á ser retrospectivo. Como enjambre de mágicas visiones, cruzan ahora ligeras por mi mente sucesos y costumbres y naciones que se borran después rápidamente. Ya la línea monótona de tierra que corta el rail, por el que el tren avanza con un chirrido ensordecedor que aterra; ya la gigante y tortuosa sierra que los torrentes de su cumbre lanza; ya el mar que ruga, y en las peñas choca con indomable brío;

que parece un bostezo de la roca...
Aquí la pobre aldea que en santa paz con el trabajo vive; más lejos la ciudad engalanada, cuyo tumulto atronador marea, y que, orgullosa, exhibe lo angustio de su pompa codiciada...
Las ruinas de colosos que cayeron; los gérmenes de fuerzas que ya apuntan; la guerra atroz de los que amigos fueron; la hermosa paz que á los contrarios junta...
Ya el frío ambiente, á lo glacial cercano; ya el sol del mediodía en el verano; á un lado la honradez, á otro el pillaje; aquí la majestad del cortesano; más allá la rudeza del salvaje...

Monumentos grandiosos, que vivirán mientras el sol alumbrá, y chozas de cimientos tan ruinosos que apenas si sostienen la techumbre...
La dura esclavitud... el poderío...
¡todo ese mundo que formó el aliento de un Dios poeta, y á su voz atento, congelóse después en el vacío...

Y, algo más débil, la pasión tirana, que antojóseme, al fin, una quimera, después de unos seis años de carrera, descansé en la ciudad napolitana...
Y cosa singular!... hallé el sosiego que á un abrasado corazón conviene, en una tierra que en su fondo tiene olas inquietas de constante fuego...

Como soy, aunque zafio, un poco artista, al hacer que el recuerdo ante mi vista ponga aquella ciudad extraordinaria envuelta entre brillantes resplandores; mi mente, ya de suyo visionaria, se eleva á unos espacios ideales, oye en torno fantásticos rumores, y se agita nerviosa entre raudales de luz intensa y roja

que sobre un grupo de fragantes flores su claridad á intervalos arroja...

Porque así es la ciudad donde he pasado el tiempo más feliz de mi existencia: un frondoso jardín iluminado por fuerte y singular fosforescencia.

Ciudad alegre, donde el dulce effluvio del naranjo, al que abruma el grato fruto, al ascender perfuma la topiza humedada del Vesubio.

LUIS DE ANSORENA

A una niña.

Tú subes al alto cerro,
yo á lo hondo del valle bajo;
tú vives aún de ilusiones,
yo muero de desengaños.

Vas á ver salir la aurora
yo voy á ver el ocaso,
tú vas de prisa y riendo,
yo voy llorando y despacio.



Trí quieres hallar la dicha,
yo sólo anhelo descanso:
¿qué mucho que al trí te engañes
si yo á la vuelta aún me engañó?

Me da pena verte alegre
y á tí risa ver mi llanto...
También yo reí al subir,
¡También bajarás llorando!

MANUEL RÍOS.

MENUDENCIAS

Un poco de teatros.
Teníamos en el telar el correspondiente articulito para dar cuenta al lector, con las precauciones debidas, del estreno de *Las madres de la patria*, en la Alhambra, y de otra cosita en la Comedia.

Pero ¿qué íbamos á decir á ustedes de lo primero, si es una erupción de majaderías y memeces que se avergonzaría de firmar el más lerdó entre los dependientes del ramo de coloniales? Y no es razón que se retire la obra para no hablar de ella. Voto en contra de ese criterio; hasta el estreno para que el hecho sea justiciable. O correr los riesgos, ó envolver con el original alcaravea, como dijo Espronceda.

Lo que á mí me trae loco es el deseo de saber quién admite en la Alhambra esas cosas, por las que buenamente no darían un *chavo*, no digo en la Alhambra, ni siquiera en el Albaicín.

Pues lo de la Comedia... Ya, ya sé que el autor es autorá, y joven, y que lleva un nombre ilustre en las letras. Por lo mismo, yo la diría, después de llamarla bonita para congraciarme:

—Abandone usted ese camino de espinas, señorita; usted es buena, bonita, discreta... ¿Por qué no dedica usted sus ocios á

hacer flores de piel, esa nueva labor para damas? ¿Si viera usted qué primores se hacen en eso!

Emma Leonardi nos ha mandado su tarjeta de despedida, sumiéndonos en el mayor de los desconsoles.

Se va á la hermosa Italia á descansar de la brillante campaña del Real.

¡Todo sea por Dios! Ya no veremos aquel su saleroso pulmito ni aquella cara capaz de hacer pecar á un santo.

Señor, ¿qué va á ser de nosotros sin la Leonardi?

Digámoslo en italiano: *tutto il cuore e piauto*.

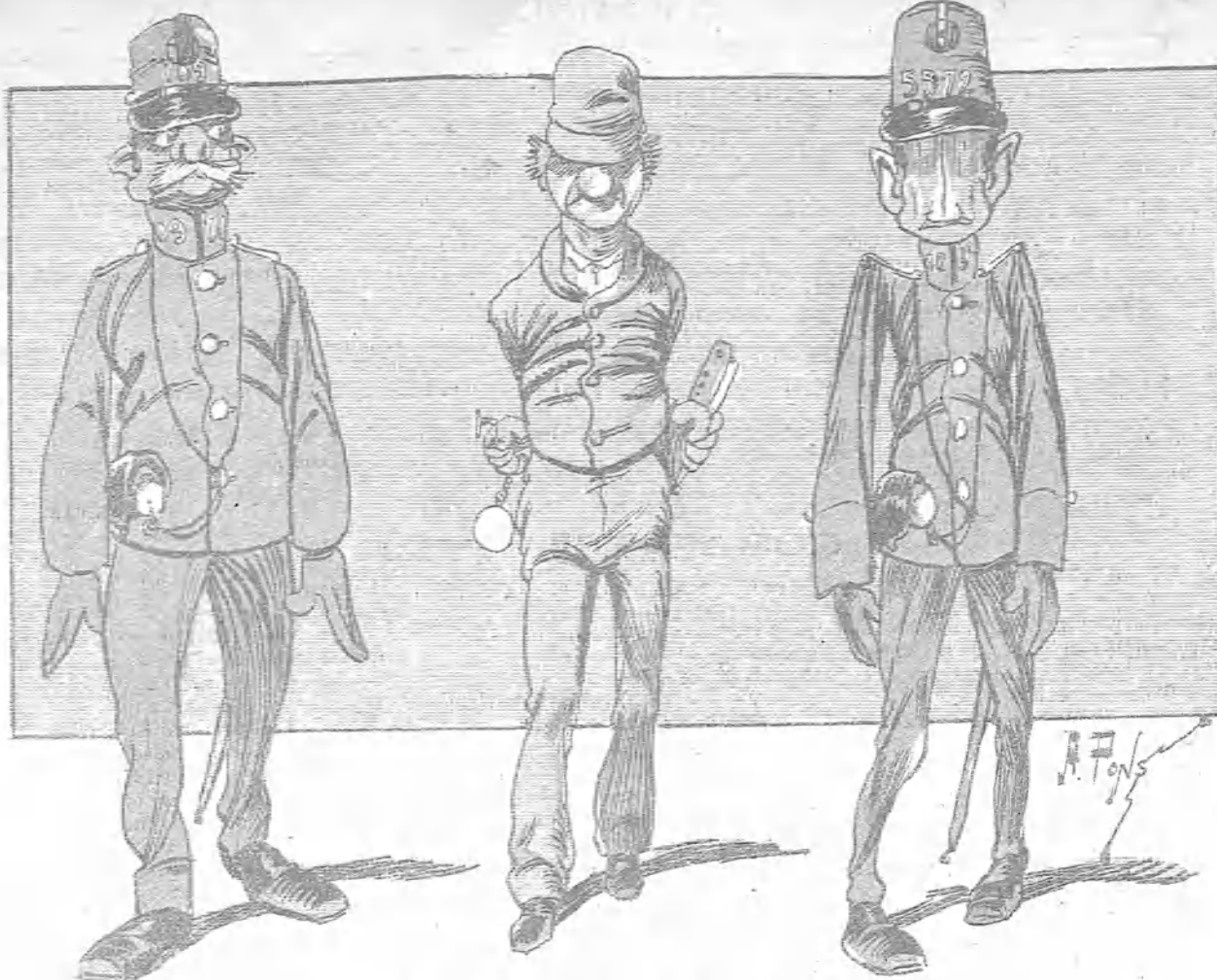
¡Que vuelva!

Luis Ansorena publicará la semana próxima un poema, del que damos en este número un *primeur*.

Verán ustedes cómo resulta que este muchacho es un poeta de cuerpo entero, como yo dije hace tiempo.



REFRANES



Anda con los buenos: ¿serás uno de ellos?

ANUNCIOS RECOMENDADOS

LIBRERÍA
DE
ORTEGA Y VÁZQUEZ
Princesa de Santo Domingo, 12,
MÉXICO
Agentes en la República mexicana
para la suscripción y venta de
Los Madriles.

PARÍS EN AMÉRICA
Quincalla, librería y novedades
DE
PACIFICO Y LEOPOLDO MARVEZ
VALENCIA (Venezuela.)
Agentes para la suscripción y venta de
Los Madriles.

MENSAJERÍA DE LA PRENSA ESPAÑOLA
EN LISBOA
Director-fundador: JULIÁN SAPETTI
Rua Nova de Almada, 53.
Agente en Portugal para la venta y
suscripción de
Los Madriles.

LOS MADRILES
REGALA
LA MUJER, EL MARIDO
Y LA VECINA

preciosa novela de D. E. Serrano de la Pe-
drosa, con ilustraciones en color en todas las
páginas,

A los que renueven
la suscripción por seis meses desde 1.º de Abril, y

A los nuevos suscritores
por igual tiempo.

Nota. Esta ventaja la disfrutarán sólo los
suscritores de la Península que hagan sus abo-
nos directamente en la administración de

Los Madriles.

Los no suscritores que deseen adquirir esta
novela, la recibirán abonando

Dos pesetas.

LIBRERÍA
DE LA
VIUDA DE POZO, É HIJOS
Obispo, 55, Habana.
Agentes en Cuba para la suscripción y
venta de
Los Madriles.

LIBRERÍA Y PAPELERÍA
DE
FRANCISCO ARROYO
Sarandí, 236, MONTEVIDEO.
Agente en el Uruguay para la suscri-
ción y venta de
Los Madriles.

LIBRAIRIE
DE
MARCELIN LACOSTE
Place de la Comedie, 8, Bordeaux.
Agente pour les abonnements et ven-
te de
Los Madriles.

DOCTOR MONROY
DENTISTA
Corredera de San Pablo, 21, principal
Contiguo al teatro de Lara.